

LA ILUSTRACION PERIODICO UNIVERSAL



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 21.—SÁBADO 25 DE MAYO DE 1850.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60
Ultramar y Estranjero: Año 80.

HISTORIA DE LA SEMANA.



A otras veces hemos hecho mención de decretos aclaratorios del arancel de 1849; varios de este género han aparecido últimamente entre otros mas notables á saber: Uno es tableciendo bases para la mas pronta terminacion de los expedientes sobre indemnizacion de partícipes legos de diezmos; otro sobre requisitos para los nombramientos de tenientes para oficios enagenados de la corona, y otro que versa acerca de los privilegios caducados.

Ninguna novedad en el interior, donde continúa disfrutándose de la mas perfecta tranquilidad. Un triste suceso, el naufragio del buque nacional *Martin Alvarez*, es lo único de que debemos hacer mención en nuestra revista de España. Este buque es una goleta guarda-costas, á la que hace poco se le dió el indicado nombre en memoria de un valeroso soldado de marina que se singularizó en el combate del cabo de San Vicente. La goleta se vió empeñada en la noche del 7 en la costa de Capbreton, cerca de Bayona, á la derecha de la desembocadura del Adour, y un golpe de mar la hizo encallar. En otro golpe de mar, el segundo comandante don Vicente Vial y Bassoco, alférez de navío, que estaba sobre cubierta, fué arrebatado por una ola. Esta es la desgracia que hay que deplorar, pues el comandante señor Montojo y los cuarenta y siete hombres de que constaba la tripulacion consiguieron ganar tierra. Tambien se han salvado todos los cargos. La goleta ha quedado completamente desarbolada,

pero se esperaba poner á flota el casco. Los habitantes de los pueblos cercanos han prestado toda clase de auxilios á los naufragos, hospedándoles generosamente en sus casas. Tenemos una satisfaccion en consignar este nuevo rasgo de la hospitalidad francesa.

FRANCIA. Como la verdadera importancia de las noticias estrangeras está en las de Francia, diremos únicamente de Alemania que en Berlin y Francfort siguen las conferencias sin que hasta ahora haya resultado ninguna decision trascendental.

Como es natural, en Francia no se habla de otra cosa mas que de la ley electoral. Los periódicos prosiguen la peligrosa polémica sobre el derecho de insurreccion, y la mayor parte se inclina á la prudencia. El célebre Emilio de Girardin, al paso que demuestra que seria una verdadera locura limitar la resistencia á París, aconseja que debe estenderse á toda la Francia. La base de su campaña está en la negativa de pagar el impuesto, idea que procura estender por cuantos medios están á su alcance, y en cuya mision le secundan algunos periódicos, especialmente la *Democratie Pacifique*. Como esto de no pagar es un pensamiento que agrada á muchos, no será difícil que llegue á tomar cuerpo, y que el gobierno tropiece con nuevas dificultades. Se decia en París que se pensaba en pedir autorizacion para encausar á Mr. Napoleon Bonaparte con motivo de su protesta, lo cual viene á corroborar lo que llevamos dicho sobre la trascendencia que puede tener la idea de no pagar las contribuciones si llega á tomar cuerpo.

Los periódicos ministeriales del 12 desmienten lo que se habia dicho el dia anterior con respecto al descubrimiento de una conspiracion y al arresto de mas de treinta personas, gefes ó principales fautores de ella. Los indicados diarios aseguran que el gobierno vigila muy de cerca á los que piensan trastornar el orden público; pero que hasta ahora no ha habido motivo para prender á nadie.

El *Napoleon* vuelve á su antiguo sistema agresivo: en su último número publica un artículo sumamente violento contra el *tiers parti* con motivo de la conducta que está observando en la cuestion de reforma electoral.

En París reinaba el 13 bastante agitacion con motivo de noticias que se habian recibido de Macon. Parece que en un grande establecimiento industrial situado á corta distancia de aquella capital, los jornaleros habian abandonado los talleres, pidiendo aumento de salarios; de sus resultados se habian agolpado todos los perturbadores, y reunidos en número de cinco á seis mil hombres, estaban causando la mayor alarma en el país.

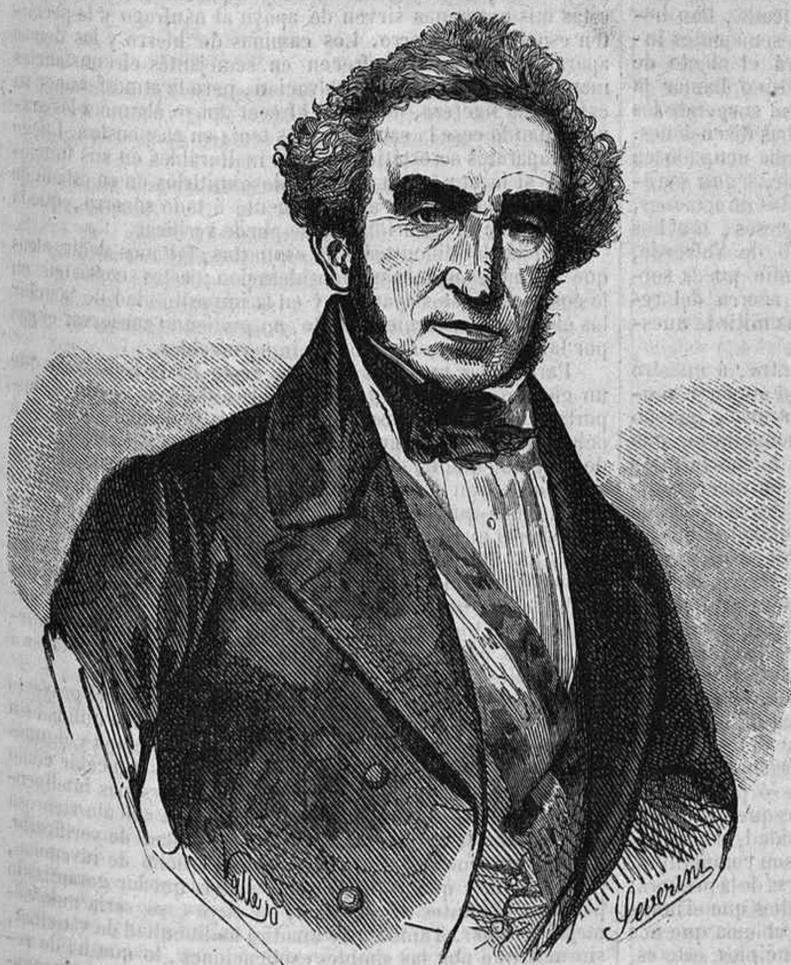
En la Asamblea hubo interpelaciones. Por la mañana Mr. de Boulé, impresor de los periódicos titulados la *Republique*, la *Voix du Peuple* y l'*Estafette* habia dirigido á los diarios un comunicado anunciando que en virtud de un *firman* del ministro de lo Interior, le habia sido recogido su título de impresor, y que por consiguiente se veia en la precision de cerrar su establecimiento y de poner en la calle á los numerosos operarios á quienes daba trabajo. Sobre este asunto versó una larga interpelacion que promovió Mr. de Mauguin. El ministro de lo Interior contestó que habiendo impuesto los tribunales á Mr. Boulé tres condenas, la ley autorizaba al gobierno para recogerle el título de impresor. La oposicion negaba este derecho, y de aquí se originó un debate en que todos los oradores se acusaban mutuamente, y en que se lanzaban unos á otros alusiones bien poco parlamentarias.

La comision que entiene en el examen del proyecto de reforma electoral, se ocupa de este asunto con la mayor asiduidad. Mientras tanto, en todas partes se están firmando peticiones contra la reforma, y los periódicos de la oposicion tienen en sus redacciones ejemplares que se van cubriendo de firmas. La que habia redactado Mr. de Proudhon estaba concebida en términos tan violentos, que la justicia ha creido conveniente recogerla.

Mr. de Girardin, que en todas cosas tiene ideas originales, y siempre sorprendentes por la novedad, ha formulado su protesta en brevísimas palabras. No son mas que las siguientes:

Peticion á los individuos de la Asamblea legislativa.
Representantes del pueblo.

El apoderado que destruye el derecho del poderdante, destruye su propio poder.



Excmo. señor don Lorenzo Arrazola, ministro de Gracia y Justicia.



Excmo. señor don Luis Sartorius, conde de San Luis, ministro de la Gobernacion.

Este es el principio: sacad vosotros la consecuencia.

Es necesario que sepais que votar el proyecto de ley electoral que os ha sido presentado, equivale á sancionar una ley que pronunciasse vuestra disolucion, declarando que habiais dejado de ser la representacion fiel de la mayoría electoral.

EMILIO DE GIRARDIN.

Esta protesta la ha impreso el director de la *Presse* á la cabeza de la última columna de la página tercera, dejándola toda en blanco lo mismo que la del reverso de la página cuarta, á fin de que puedan firmar los que gusten y cortando la tira del periódico devolviéndola á la redaccion. Además en sus oficinas tenia dispuestos ejemplares, y segun noticias, era tan grande el número de personas que acudian á la invitacion, que la policía habia creído necesario tomar algunas precauciones.

En cuanto á la situacion de París, los ánimos estaban muy inquietos, si bien la tranquilidad material no se ha alterado en lo mas mínimo. Pero al ver los inmensos preparativos que hace el gobierno y las muchas medidas que toma, parece natural que tenga motivos fundados de alarma. Y lo corroboran hasta cierto punto los periódicos ministeriales: la *Patrie* dice que el movimiento hecho por los trabajadores de las minas de Creuset ha sido fraguado en París, aunque se ha errado el golpe á causa de haberse adelantado por efecto de una orden equivocada. Acerca de este movimiento no se sabe todavía el resultado, pues segun el último parte telegráfico, parece que el general Castellane no habia podido hacer otra cosa que ir reuniendo tropas en toda la circunferencia del punto ocupado por los amotinados, á fin de impedir por de pronto que se propagase la insurreccion, y destruirla en cuanto tuviese á mano todas las fuerzas que creia necesarias.

Una peticion redactada en casa de Mr. Goudehaux, ha sido dirigida á la Asamblea, está firmada por los señores Marrast, Bastide, Flocon y otros de los que pertenecen á la fraccion del *National*, y dice así:

CIUDADANOS REPRESENTANTES:

«Ha sido sometido á vuestra deliberacion un proyecto de ley que amenaza á la república en su esencia, al derecho en lo que tiene mas sagrado, y al mismo orden en una de sus condiciones mas esenciales.

«Su objeto manifiesto es el de limitar el número de los electores, dirigiendo el mas rudo ataque al sufragio universal; y como la constitucion y la república, lo mismo que todo lo que hoy día existe, dimana del sufragio universal, ataca al mismo tiempo el principio de la república, manantial de los poderes, á la autoridad en sus cimientos y á la sociedad entera en la forma que la constituye.

«Guardaos, ciudadanos representantes, de aceptar la responsabilidad de semejante acto!

«Nada autoriza para privar de su derecho al hombre laborioso que tiene necesidad de pasar de un punto á otro para ganar su sustento.

«Un hombre honrado, útil, ciudadano como cada uno de vosotros, dejará de serlo, porque su trabajo, la misma condicion de su existencia no le permite tener en el mismo punto su vecindad durante tres años.

«Multitud de franceses serán excluidos por carecer de este largo domicilio, y las necesidades de su trabajo serán para ellos una causa de exclusion.

«Apelamos á vuestros sentimientos de justicia: ¿es esto la igualdad de la ley? ¿Es así como la constitucion proclama el sufragio universal?

«El proyecto de ley no se contenta con separar los ciudadanos en dos clases, domiciliados y no domiciliados, sino que causa la division entre los obreros y sus maestros, haciendo depender el derecho de los primeros de la declaracion de los segundos, sembrando nuevos gérmenes de antagonismo entre las dos fuerzas que concurren á la produccion, añadiendo al ataque contra el sufragio universal, otro no menos grave á la igualdad de profesiones.

«¿En dónde existe la necesidad de semejante disposicion? Si el sufragio universal tal como ha existido hasta hoy, era malo, era necesario haberlo dicho cuando mas de cinco millones de votos nombraban un presidente de la república; era necesario haberlo dicho cuando creaba la mayoría de la Asamblea legislativa, y tambien despues de esas elecciones generales ó parciales que se encuentran en armonía con el gobierno actual.

«Sí, sus defectos no han sido conocidos por los autores del proyecto sino despues de dos descalabros en la capital. Desde entonces el sufragio universal ha caido en desgracia, aun cuando nunca se ha ejercido con mas orden, calma y dignidad, porque condena el espíritu de anarquía que retrogradando espone al país á nuevas conmociones.

«A vosotros, ciudadanos representantes, corresponde separar de nuestra patria esta nueva desgracia; vuestra sabiduría y vuestra firmeza sabrán apartar todos los peligros anejos á esta detentiva de una faccion detestable; y si lo que es imposible, vuestra sabiduría y firmeza faltasen, confiamos en la sabiduría y firmeza del pueblo. Seguro del vencimiento de su soberanía, puede tener la paciencia de la fuerza, porque conoce el eterno axioma:

«No existe derecho contra el derecho.»

En la sesion del 16 se ocupó la Asamblea de la anunciada interpelacion de Mr. Piscatory sobre los asuntos de Grecia. Concluido el despacho ordinario, el general de Lahitte, ministro de negocios estrangeros, ocupó la tribuna y se espresó en los términos siguientes:

«Señores: El sábado tuve el honor de informaros acerca de las noticias desagradables é inesperadas que el gobierno francés habia recibido de Grecia. El gobierno habia creído de su deber pedir esplicaciones al de Inglaterra. No habiendo sido la respuesta tal cual nosotros teniamos derecho á esperar, el presidente de la república, despues de haber consultado con su consejo, ha mandado á nuestro embajador en Londres que se retire. (*Muy bien, triple salva de aplausos.*) Para que la Asamblea se entere de los motivos que nos han obligado á tomar esta resolucion, creo de mi deber leer la carta que hice escribir á nuestro embajador. (El ministro lee la carta en la que se dice que el gobierno francés no habia consentido en intervenir en la cuestion anglo-griega sino con un objeto de benevolencia y de paz; pero bajo la promesa de que cesarian las hostilidades durante el curso de sus bu-

nos oficios.) Estas promesas no se han cumplido, y el embajador debia salir de Londres despues de haber dejado copia de la presente comunicacion á lord Palmerston (*Muy bien, triple salva de aplausos.*)

Deposito (añadió el ministro) todos los documentos de este negocio sobre la mesa de la Asamblea, á fin de que esta pueda enterarse, y en su consecuencia juzgará que no nos es posible entrar en el fondo de una discusion sin que antes se tenga conocimiento de dichos documentos (*muy bien*).—De todas partes dicen: ¡que se impriman, que se impriman! El presidente contesta: «Se imprimirán.»

Una larga agitacion sucedió á esta comunicacion. Se suspendió la sesion y se notó que Molé se aproximó al banco de los ministros y parecia felicitaba al general La Hitte por la dignidad y firmeza de su conducta. Además se formaron grupos alrededor de todos los bancos, y se hablaba con animacion. En todos (sin distincion de lado izquierdo ni de lado derecho) parecia prevalecer el sentimiento nacional herido.

Así se espresan las *hojas litográficas* acerca del aspecto que ofreció la Asamblea.

En el mismo día en que ocurrieron todas estas novedades, traian los periódicos ingleses el texto de la convencion firmada en Londres ante el plenipotenciario francés y lord Palmerston para el arreglo definitivo de la cuestion de Grecia, convenio que ha sido completamente inútil, por haber sancionado otra cosa la fuerza antes de que llegase el correo que llevaba dicho documento.

Por consecuencia de este paso, el gobierno francés, queriendo sin duda prepararse á hacer frente á las circunstancias, ha llamado al servicio activo á todos los hombres de la matricula de mar desde la edad de 20 años á la de 40. Al mismo tiempo ha comunicado por el telégrafo á los departamentos marítimos órdenes para que se proceda al armamento y habilitacion de todos los buques de guerra que estaban desarmados.

Estas son las disposiciones de que ahora tenemos noticia. El plan de la Francia consiste, á lo que parece, en obtener de la Inglaterra la aplicacion á la Grecia del convenio de Londres, en cuyo caso todo quedará transigido y arreglado.

Navegacion aerostática.

Sabido es que el hombre se distingue de los demas seres animados, no solo por la diferencia de sus formas, sino tambien por la facultad de discurrir. Este don tan superior á todos los otros, hace que sus obras sean tan variadas como sus deseos, y que estos no encuentren limites jamás. De tales consecuencias nace inmediatamente la continua lucha en que se agita para hacer practicable los caminos mas espinosos y las empresas mas inaccesibles; pero no siempre, desgraciadamente, recoge el fruto de sus afanes, porque muchas veces ó el cumplimiento de sus deseos toca en lo imposible, ó es de tal naturaleza que no merece la aprobacion de sus semejantes.

Estas últimas circunstancias, nos dicen abiertamente, que antes de empeñar nuestra atencion en cualquiera empresa, examinemos con detenimiento dos cosas, á saber: su utilidad y su posibilidad: sin esta práctica, nos esponemos á caer en los errores mas terribles.

¿Qué importa en efecto, á los demas, que el hombre termine sus obras, si estas no tienen aplicacion alguna, ó solo son una curiosidad pasajera? ¿Qué importa que sacrifique sus mejores días corriendo en pos de un imposible, si no ha de producir otra cosa que la pérdida inapreciable de un tiempo que pudiera haber consagrado á sus semejantes con resultados mas felices?

Entre las diversas cuestiones que hace tanto tiempo se cultivan en el mundo civilizado, existen tres que han ocasionado tantos desaciertos, como beneficios las magníficas aplicaciones del vapor y de la electricidad galvánica. Estos tres enemigos de la razon, son el movimiento continuo, la cuadratura del círculo y la navegacion aerostática. No nos ocuparemos aquí de los dos primeros, porque los continuos é inútiles trabajos que hasta el día se han practicado, han hecho conocer lo poco que se debe esperar de semejantes investigaciones: la navegacion aerostática será el objeto de nuestras reflexiones, porque juzgamos oportuno llamar la atencion sobre un punto, que en la actualidad suspende los ánimos y que ha llegado á ser objeto de muchas discusiones.

Notorio es que el señor Montemayor se halla ocupado en la construccion de un aparato que ha de servir, segun parece, para viajar á traves de los vientos, en todas direcciones, para lo cual tiene empleados hace algunos meses, muchos obreros de diversos géneros, en el convento de Valverde, donde trabajan misteriosamente para que nadie pueda sorprender el secreto. Varias son las opiniones acerca del resultado de estos trabajos, y nosotros vamos á emitir la nuestra, tal cual nos la sugiere la razon.

La navegacion atmosférica no se encuentra, á nuestro juicio, en el círculo de los imposibles, como suponen muchos; y tan lejos estamos de imaginar lo contrario, que no dudamos en admitir, se halla próximo el momento en que vencidos los obstáculos que hasta el día han hecho inútiles todos los esfuerzos, veamos sulcar los vientos en diversas direcciones, y compensados de esta manera los desvelos de uno de tantos hombres científicos, que en la actualidad se afanan en la resolucion de este problema. Lo que no podemos concebir de manera alguna, son las inmensas ventajas, tan decantadas generalmente, que la sociedad percibirá con semejante descubrimiento. Examinemos, aunque ligeramente, las circunstancias que deben concurrir para los viajes atmosféricos, y bien pronto nos convenceremos de haber esperado en vano ese tesoro de aplicaciones con que sueña la mayoría al considerar puesta en práctica la mas colosal de las invenciones.

Para hacer productivos los viajes atmosféricos, es indispensable aplicarlos á la conduccion de cosas ó personas, y en este caso quedan sujetos á las condiciones que exigen los transportes de esta naturaleza, á saber: velocidad, capacidad local y seguridad. Veamos si estas tres cosas son compatibles. La segunda desde luego se halla en razon inversa de la primera: la tercera no se puede verificar. Dos son los medios que el hombre tiene en su mano para realizar el gran problema que nos ocupa: ambos tienen por base los mismos principios, esto es, su-pender é impulsar á los objetos que se trata de conducir.

Bien se concibe que por un aparato puramente mecánico, en que se despliegue una gran fuerza horizontal, se podrán hacer pasar las capas de aire por debajo de un cuerpo ligero y de una estension proporcionada al peso que se ha de conducir, como se verifica en las cometas de papel que se lanzan á la atmósfera, y en las alas de las aves.

Dotado este aparato de su timon correspondiente, obedecerá á las leyes del choque que ejercerá el aire contra la superficie de este timon, haciéndole cambiar de direccion, segun sus movimientos, como se vé en el gobierno de los buques y en la cola de los peces y de las aves. Tampoco puede dudarse, que por medio de un cuerpo flotante en la atmósfera, como el gas hidrógeno y otros, podrá suspenderse un objeto cualquiera, siempre que este no supere en peso á la diferencia que haya entre el del cuerpo flotante y un volumen igual de aire atmosférico, y que si á esta fuerza ascensional que podemos modificar á nuestro antojo, como se observa en los globos aerostáticos, añadimos otra horizontal superior, podrá caminar el aparato en todas direcciones, siempre que como el anterior, esté provisto de un timon conveniente. Las corrientes de viento contrarias á la direccion, no serán un obstáculo para que esta se verifique, con tal que la fuerza que se produzca en el aparato, sea superior á la de estas corrientes, que no harán otro efecto que el de modificar la velocidad neutralizando una cantidad de fuerza igual á la suya, en cuyo caso el aparato caminará con la diferencia de estas fuerzas. Ejemplos de esta verdad tenemos en el vuelo de las aves, en las balas de cañon, y en todos los demas proyectiles que se lanzan contra el viento. De aquí se deduce, que la navegacion aerostática es esclusivamente una cuestion de fuerza y que la dificultad de verificarla está precisamente en la de hallar los motores que se han de aplicar para producir esta fuerza. Demos ahora por supuesto que la navegacion se verifica, y pasemos á examinar si llenará las condiciones de velocidad, capacidad local y seguridad, y supongamos tambien que para suspender el aparato hemos empleado el gas hidrógeno. Todo el mundo sabe la dificultad que experimentan los cuerpos voluminosos para atravesar por el aire, por la resistencia que ejerce este fluido sobre las superficies. Siendo esto así, tengamos presente que para elevar nueve arrobas de peso, se necesita un globo cuyo diámetro sea de veinte pies, con corta diferencia. Si rehajamos de este peso el de la tela que ha de formar el globo, el de las cuerdas y demas, observaremos que con estas dimensiones no será posible elevar á una persona cuyo peso esceda de tres á cuatro arrobas. Esto se entiende para emprender una marcha ascensional, fundada esclusivamente en la diferencia de las gravidades específicas; pero si pretendemos que el globo haya de tomar una direccion forzada, nos veremos en el caso de adicionar una fuerza motriz, que para producirla será necesario un aparato tanto mas pesado, cuanto mayor sea la fuerza que hayamos de obtener. Para suspender este aparato, habremos de aumentar proporcionalmente el volumen de nuestro globo, y cuanto mayor sea este volumen tanta mayor será la resistencia que esperimen-tar á travesar forzadamente por el viento. Esta resistencia se opondrá á la velocidad, y sacamos por consecuencia, que es imposible el trasportar mucha cantidad de peso sin presentar una superficie considerable al choque del aire, que retardará la marcha proporcionalmente, verificándose lo que digimos de hallarse la segunda condicion en razon inversa de la primera. Tambien hemos dicho que la tercera condicion, esto es, la seguridad, no podia verificarse y vamos á probarlo.

¿Quién podrá negar que todo aparato, sea cualquiera la solidez y buena construccion de su mecanismo, se halla espuesto á los azares de la descomposicion? Y si esto no puede evitarse, ¿qué será de los viajeros y del aparato mismo en el momento en que cualquiera de las piezas que le constituyen experimente una fractura ó pierda su posicion? La falta del menor pasador, basta para desconcertar la máquina mas complicada, y las consecuencias de estos acontecimientos, en la atmósfera, serian terribles. Las aguas del mar agitadas por los vientos, destrozan las naves y esparcen el horror; pero estas mismas aguas sirven de apoyo al náufrago y le permiten esperar un socorro. Los caminos de hierro y los demas aparatos de transporte ofrecen en semejantes circunstancias mas ó menos recursos de salvacion, pero la atmósfera por su estremada ligereza, no podrá ofrecer apoyo alguno á los graves, cuando cese la causa que los tenia en suspension. Luego si los aparatos aerostáticos no son inalterables en sus funciones, y si la atmósfera solo puede admitirlos en su estado de actividad, negándose absolutamente á todo socorro, queda probado que la seguridad no se puede verificar.

A todas las dificultades ya espuestas, faltanos decir otras que no merecen menos consideracion; estas consisten en el costoso de estos aparatos y en la imposibilidad de henchir los globos en cualquiera punto, no pudiendo conservar el gas por falta de telas enteramente impermeables.

Para tomar una idea de este coste basta considerar que un globo para elevar un solo hombre, sin mas aparatos, importa lo menos mil duros, y el gas para henchirle, de siete á ocho mil reales; juzguen nuestros lectores cuál será el coste de un globo que ha de suspender de 100 á 200 arrobas, si los transportes han de ser de alguna consideracion, y no perdamos de vista que lo mismo hay que henchir el globo para un viaje corto que para recorrer una nacion, y que en cada descenso hay que reponer el gas, cuya circunstancia no ofrece menos dificultades que las anteriores, porque los ingredientes y el aparato que se necesita para producirle, no se encuentran en todas partes; y no se diga que el aeronauta puede llevarlo consigo, porque esto seria añadir dificultades á las dificultades.

Por todas estas consideraciones, juzgamos que el proyecto del señor Montemayor ha de quedar reducido á la nulidad sin otros resultados que los de haber perdido el tiempo y algunas cantidades de consideracion, y no podemos concebir cómo se facilitan estas sumas sin el examen de personas inteligentes susceptibles de someter el proyecto á un cálculo rigoroso que manifieste la posibilidad ó imposibilidad de verificarlo. Se nos dirá que esto seria esponer el derecho de invencion, pero creemos que este derecho podría quedar garantizado por las leyes antes del examen, en cuyo caso seria nulo semejante temor. Tambien se añadirá la dificultad de vaticinar, sin mas que por las simples esplicaciones, lo que ha de resultar por los hechos en una cosa desconocida: á esto respon-

deremos que el asunto en cuestion, pertenece exclusivamente al dominio de las ciencias exactas, y á unas leyes bastante conocidas para que los hombres versados en ellas puedan decidir con aquella fuerza de conviccion que da la ciencia bien entendida; y aun diremos mas, que el señor Montemayor nos parece poco prudente, si no estando, como muchos aseguran, en que no podemos convenir, bien instruido en la mecánica y en las leyes de los fluidos aeriformes, ha emprendido sus trabajos confiado en sus propias fuerzas, sin consultar con personas que pudieran ilustrar su pensamiento ó sacarle de un error. Las ilusiones de una imaginacion ardiente extravian con frecuencia nuestra razon: las ciencias exactas únicamente pueden conducirnos por el camino de la verdad.

Sin embargo, como ignoramos absolutamente los fundamentos del proyecto que nos ocupa, solo podemos conjeturar, por los artículos que el señor Montemayor hizo insertar en algunos periódicos de esta capital en el momento de su aparicion; mas como el pensamiento que entonces presentaba seguía una marcha muy distinta de la que ahora nos han asegurado muchas personas, nos aventuramos á manifestar nuestra opinion, y decimos: que el señor Montemayor no sulcará los vientos á su antojo, 1.º porque no tiene plan fijo, (si es cierto que ha cambiado); 2.º por la grande escala en que lo pretende desarrollar; y 3.º porque no hallará un motor sencillo que le suministre la fuerza que necesita para contrarrestar la impetuosidad de los vientos, inclusa la de los huracanes, que con frecuencia se desarrollan en las regiones elevadas, porque el estado de equilibrio en la atmósfera es el menos frecuente. Decimos tambien que nos parece haber llevado la confianza en su invencion á un extremo que raya en locura, porque muy bien se concibe que todo invento puede practicarse en una escala de prueba que no exige grandes sacrificios, y asegura el resultado. Concedémosle, sin embargo, que su proyecto se realice, y que el aparato puede caminar contra los vientos, con mas ó menos velocidad, y en este supuesto, vamos á probar la dificultad de generalizarlo, y mas que todo su inutilidad. El siguiente cálculo podrá satisfacer á lo primero, advirtiendo que solo se trata de cantidades aproximadas.

Un globo de 60 pies de diámetro tendrá de superficie 11,400 pies cuadrados, y contendrá 114,000 pies cúbicos de gas hidrógeno, que pesarán 23 arrobas.

Dando una onza de peso á cada pié cuadrado de la tela barnizada, pesará 26 arrobas.

La cantidad de aire que el globo desaloja pesará 270 arrobas, y rebajando de estas el peso de la tela, el de gas y el de la red, quedarán 200 que podrá sostener el globo para formar el equilibrio. Como la máquina ha de ser poderosa por la gran fuerza que necesita desarrollar, tendrá que serlo tambien el aparato que la ha de contener, y que ha de servir para los transportes, por lo cual será necesario que tenga lo menos 400 arrobas de peso, contando en estas la fuerza ascensional que debe tener el globo; de suerte, que solo nos quedan 400 arrobas de beneficio, para aplicarlas en los transportes y en los pasajeros: cantidad que nos parece bien mezquina, para las grandes utilidades que se prometen los entusiastas. Prescindamos ahora del coste material de este aparato y este globo, y pasemos al que tendrá el henchirle de gas hidrógeno, para hacer el mas mínimo viaje.

Para producir los 114,000 pies cúbicos de este gas, se necesitan emplear:

De hierro, 1013 arrobas, que á 30 reales arroba, hacen.	30,390 rs.
De ácido sulfúrico, 1689 arrobas, que á 65 reales arroba, hacen.	109,785
De agua, 10,133 arrobas, gratis.	»
Total.	140,175

Entrando estas sustancias en las proporciones de:

6 de agua.
1 de ácido.

Y algo mas de 1/2 de hierro, se necesita un aparato compuesto de 990 cubas, de la cabida de 16 arrobas lo menos cada una, para dejar un espacio libre á la formacion del gas.

Suponiendo que estas cubas solo valen á 20 reales, serán.	19,800 rs.
Habrà que añadir además 10 grandes depósitos de agua fria para lavaderos del gas; y el coste de estos depósitos podrá ser de 200 reales cada uno, y compondrán.	2,000
Cada cuba tendrá un tubo de conduccion que irá hasta su lavadero correspondiente; estos tubos serán de plomo, y podrá pesar cada uno de sobre tres cuartillas, en cuyo caso el total de peso será de 742 arrobas, que á 40 reales arroba hacen.	29,680
Los lavaderos tendrán que estar comunicados entre sí por otros tubos de gran calibre, que aunque sean de hoja de lata, no bajará su coste de 40 reales cada uno, y harán.	400
Para conducir el gas al globo es necesaria una manga de cuero, y el coste de esta será.	80
Por los operarios y demas gastos imprevistos, se podrán añadir.	3,000
Y el importe del aparato será.	54,960
Que añadiendo á esta cantidad la suma anterior.	140,175
Dan un total de.	195,135 rs.

Esta es la cantidad que costará el henchir un globo de las dimensiones espresadas, sin incluir como ya hemos dicho el gran coste de todo el aparato de conduccion. Juzguen ahora nuestros lectores si podría generalizarse para los transportes, único objeto que puede tener semejante invencion. Nada diremos de su inutilidad: la razon dicta que si para conducir 100 arrobas, que pueden referirse á cosas ó personas, á una distancia cualquiera, hay que emplear un capital de nueve mil y quinientos duros, serán muy raros los casos en que es-

to pueda convenir, y tanto mas, cuando los telégrafos subterráneos y submarinos, las diligencias y los caminos de hierro han hecho el mundo breve, y salvado las dificultades que en otro tiempo eran inaccesibles.

Entre las infinitas cosas que han llegado á nuestros ojos, respecto al proyecto del señor Montemayor, ha llamado especialmente nuestra atencion la forma de su globo; parece que esta ha de ser la de un colchon de grandes dimensiones.

No podemos creer semejante absurdo; mas por si así fuera, advertimos á dicho señor, que salirse de la forma esférica es perderse, porque ninguna otra puede contener mayor cantidad de pies cúbicos con la misma tela, ni hay figura geométrica que mejor se preste á resbalar por entre los diferentes fluidos: la siguiente advertencia hará visible el error. Para encerrar los mismos 114,000 pies cúbicos de gas, que en el cálculo anterior se necesitan 11,400 pies cuadrados de tela, cuyo peso solo asciende á 26 arrobas, dando al globo la forma de un colchon cuyos lados tengan 169 pies lineales cada uno, y la altura de cuatro pies, serán necesarios 59,826 pies cuadrados de tela, que pesarán 149 arrobas; aquí se advierte la enorme diferencia de 123 arrobas, y se concluye que el gas encerrado en un aparato de esta forma, apenas podría sostener la tela.

Si se trata de dividir un globo en muchos, como tambien nos han indicado, la desventaja será aun mayor.

A pesar de todo, quisiéramos vernos en la necesidad de arrepentirnos de nuestro juicio, en obsequio de nuestra patria; pero desgraciadamente creemos no llegará este caso.

LUCIANO MARTINEZ.

REVISTA DE MADRID.

La chismografía es la sal y pimienta de artículos de la índole del presente, como lo es tambien de las conversaciones familiares que se tienen en el invierno delante de la chimenea, ó junto á una mesa de labor, donde lindos y rosados dedos bordan en cañamazo almohadones y zapatillas, ó ejecutan con ligereza ese elegante punto de *crochet*, que tan en moda está hace dos años.—Mientras allí se improvisa un caprichoso dibujo, mientras se bosqueja una fantástica flor compuesta de todos los colores del arco Iris, mientras se ejecuta una complicada greca, una orla, ó un feston, nárrese con las reservas oportunas, con retenciones que á las veces no consiguen sino encender mas la curiosidad, cien lances cómicos ó trágicos, de que á poco se apodera la *Revista de Madrid*, ó la *Gaceta* de los periódicos, su natural enemiga. Cuando en tales *causeries*—según las llaman los franceses—no hay nada de crónica, mas ó menos escandalosa, las bocas comienzan á bostezar horriblemente, los dedos se entorpecen y paran, los ojos pierden su viveza y su fuego, y todo el mundo se queja de que la velada ha sido insípida y monótona; igualmente cuando una *Revista* no trae ni siquiera una palabra de chismografía, cuando no contiene ni una sola aventura, dícese que es fria y sosa, y las mugeres, sus lectoras habituales, la arrojan con desden y fastidio.

Ahora bien, en esta desgraciadísima espectacion nos encontramos hoy nosotros; porque durante los últimos quince dias la vicinglera fama ha tenido cesantes sus mil trompetas;—nada se ha contado, nada se ha referido, nada se ha murmurado; en balde en los círculos de confianza se interpelaba á cuantos aparecían; nadie sabia absolutamente nada. Ni un raptó, ni un desafío, ni un rompimiento, ni una boda deshecha, ha habido en esas dos semanas, con gran admiracion, con gran asombro de los que solo se ocupan de semejantes incidentes de la vida privada. Esto nos prueba que las costumbres se mejoran, que la moralidad progresa, que las virtudes sociales renacen al mismo tiempo que renacen las flores...—Dios haga sin embargo que no mueran tambien al mismo tiempo que ellas!

Nos complacemos en consignarlo; la fidelidad, la constancia, el amor, no son ya mentiras; todas las esposas amañ á sus esposos; todas las hijas obedecen á sus padres; todos los amantes se profesan un profundo y recíproco cariño; todos los rivales abjurán sus odios y sus rencores; ninguno se casa por interés; ninguno codicia la muger del prójimo; ninguno olvida hoy sus juramentos de ayer; en fin, abundan los amigos verdaderos; hay buena fé, hay gratitud, hay sinceridad, hay entusiasmo... es decir, existe cuanto no existia poco há. Decididamente caminamos hacia la edad de oro de que nos hablaban los autores antiguos, y que creíamos una ficcion poética, ó una utopia irrealizable. Al ver tantos y tan repetidos prodigios, ¿no podemos esperar convertirnos dentro de poco en pastorcillos sensibles, en zagales enamorados como los que poblaban la feliz y tranquila Arcadia?

Si nosotros fuéramos de esos escritores sin conciencia,—los cuales van escaseando infinito en nuestra actual regeneracion;—si nosotros fuéramos de los que cuando no tienen nada que contar, inventan, supliríamos la escasez de asuntos con el producto de nuestra imaginacion; á falta de historias daríamos novelas, logrando así prestar á este artículo un cierto barniz de interés que contentaría aun á los mas exigentes. Pero ¡no permita el cielo que sigamos nunca semejante sistema! Preferimos parecer áridos, á perder nuestra reputacion de veraces; preferimos el abandono, la indiferencia, á faltar ni una vez á las reglas invariables, á los severos principios que nos hemos impuesto.

¡Ay! para que nuestra satisfaccion no sea completa, para que haya una ligera sombra en el risueño cuadro que hemos diseñado arriba, hemos de confesar que un solo vicio ha sobrevivido á la muerte de los demas vicios, y que acaso á la larga volverá á engendrarlos á todos;—ese vicio es el juego, el juego que cada dia se ostenta mas ufano y preponderante en los salones aristocráticos.—No vayan á creer nuestros lectores que se trata del monte, del treinta ó cuarenta, del sacanete ó del *bacarrát*; nada de eso, es el sencillo, es el modesto *ecarté*, al cual se aventuran todas las noches sumas considerables, y que *cultivan* lo mismo la matrona rígida é irrepreensible, que la jóven inocente y candorosa; los personajes cargados de cruces y de años, como los traviesos é inesperados *pollitos*. Desgraciadamente es ya una verdad que estos prefieren á las *suaaves emociones* de la polka y del wals, las emociones algo mas violentas de ganar y perder; desgraciadamente es cierto que abandonan el baile por la mesa del *ecarté*; que desdennan á la hermosura por la esperanza de aumen-

tar su bolsillo particular con unos cuantos napoleones. La moda entra por mucho en ello; la moda que es soberana y omnipotente en la sociedad madrileña; la moda que todo lo rinde y todo lo avasalla, y todo lo sujeta á su imperio.

Un hombre á la moda, un hombre elegante es un verdadero esclavo en nuestros dias, porque se vé obligado á aceptar usos, costumbres, hábitos que son antipáticos á su genio ó nocivos á su naturaleza. Así, aunque le fastidie la música, es menester que se haga filarmónico; aunque deteste las piruetas, es indispensable que arroje coronas ó ramilletes á las laureadas pantorrillas de la Guy ó de la Fuoco; aunque su estómago desfallezca, es de rigor que coma á las siete de la tarde en invierno como en verano; aunque aborrezca el juego, es preciso que juegue; y aunque no le guste la equitacion, que monte á caballo.

En lo relativo al carácter, ha de doblegarse tambien á las exigencias del mundo en que vive; no ha de ser formal, y ha de ser inconsecuente; ha de dar importancia á las cosas pequeñas, y no ha de darla á las cosas grandes; ha de ser maldiciente y burlon, y no ha de ser justo ni imparcial nunca; ha de importársele poco el escándalo, y ha de importársele mucho no faltar á los preceptos tácitos del buen tono; ha de hablar mal su idioma, y correctamente el francés; ha de dormirse en el Teatro Español, y ha de aplaudir como un furioso en las carreras de caballos.

Las carreras de caballos!... Hé ahí una importacion de la moda, que á despecho de esta tiene cada vez menos trazas de aclimatarse en nuestro pais. Las verificadas últimamente en el hipódromo de la casa de Campo, han estado mas frias, mas desanimadas que de costumbre: el primer dia la escasa concurrencia que asistia á ellas, daba diente con diente de frio; el segundo sucedia todo lo contrario, porque el sol abrasador de mayo lanzaba sus rayos perpendiculares sobre el *sport* madrileño, y sobre sus incautos aficionados. En uno y otro dia ginetes y corceles estuvieron poco felices; los primeros sufrieron espantosas caídas; los segundos dejaron sin ganar dos premios, el de 12,000 rs. de S. M. la reina, y el de su augusta madre, que consistia en una preciosa alhaja.— En cambio los trenes ricos y lujosos abundaban bastante; merecen citarse el del duque de Medinaceli, que iba á la D'Aumont, con dos postillones y cuatro yeguas coronadas de rosas; el de la duquesa de Alba, lindo y elegante como todos los suyos; el del conde de Salvatierra, cuyo buen gusto es proverbial: el del jóven marqués de la Vega de Armijo, el del conde de Pino-hermoso, los de la duquesa de Frias, condesa de Villagonzalo, marqués de Jura-Real, señor Ceriola, duque de Feria, condesa de Vilches, señor Martinez Bahos, marqués de Bedmar, y en fin otros muchos que no recordamos.

Si en las carreras de caballos no se comiese, no se coquetease, no se apostara, —y este año se ha apostado poquísimamente— serian la cosa mas insoportable del mundo; dos ó tres docenas de *gentlemen* españoles se ocupan á lo sumo de ellas; los demás van por un interés particular, por costumbre, y la gran mayoría por moda.

Las noticias recibidas durante la semana de París y de Londres han llenado de afliccion y de disgusto á los que se proponian visitar aquellas dos capitales este verano. Si como todo lo indica y lo hace temer, estalla la guerra entre Francia é Inglaterra, ¡adios proyectadas expediciones á las orillas del Rhin y á las del Sena! ¡Adios esperanzas de oír en las del Támesis á todos esos ruiñesores italianos que se llaman la Sontag y la Grisi, Mario y Tamberlik, Lablache y Ronconi, y que sacan de quicio á los flemáticos ingleses en los teatros de la Reina y de Covent Garden!— Porque hay muchas personas que habiendo perdido toda idea de lo que es armonía, gracias á la actual compañía de ópera del Circo, pensaban hacer un viajecito á Londres con el único objeto de recobrarla. Ahora semejantes planes van á quedar burlados; ahora quizás va á resonar el estruendo del cañon allí donde resonaban los dulces trinos de la prima donna, ó las *floriture* del tenor; ahora por último á la paz con todas sus ventajas, va á suceder la guerra con todos sus horrores. Y eso—; singular contraste, estraña anomalía!— por un hombre llamado *don Pacifico*!

Afortunadamente nosotros no tenemos otra guerra que la que nos mueven los elementos, la que traen entre sí la primavera y el invierno, la una defendiendo sus justos derechos, el otro prolongando su usurpacion. Los cuatro hermanos Eolo, Boreas, Noto y Aquilon, roban su puesto á la tibia y perfumada brisa primaveral; el cielo derrama torrentes de lluvia sobre las rosas, deshojando impiamente sus pimpollos; y el sol, como una artificiosa coqueta, no aparece sino lo estrictamente necesario para hacer mas sensible su ausencia.—Algunos pretenden—y nosotros no estamos distantes de creerlo—que una causa misteriosa influye en estos desórdenes atmosféricos; que la culpa de ellos la tiene ese atrevido é intrépido M. Grellon, el cual desafía á las nubes, lanzándose á los aires, sin mas defensa y sin mas apoyo que el de su valor. Para sostener esta opinion, citase lo que acaece cuando el célebre aereonauta anuncia su subida: la vispera todo promete un tiempo sereno, apacible, delicioso; el dia señalado para el viaje aéreo ruje el huracan ó llueve como si estuviéramos en enero.—Tres veces ha sucedido lo mismo, y no sabemos cuántas sucederá aun: sin duda las deidades celestes miran con enojo la osadía de M. Grellon, y se conjuran para castigarla. No obstante, ese es el castigo menos duro que pueden darle, porque á imponérselo cuando aquel sulca las altísimas regiones de los vientos, mas tristes y mas temibles serian sus consecuencias.

De todos modos, si es Mr. Grellon el que nos impide gozar de una temperatura dulce y suave, apresúrese á abandonarnos cuanto antes. Provincias hay donde su presencia seria un beneficio del cielo. Ya que tiene el estraño poder de atraer la lluvia, ¿por que no va á Murcia y á Alicante?

RAMON DE NAVARRETE.

Los amigos perdidos.

—La vida es ya para mí una carga insoportable, decia uno, porque me hallo solo sobre la tierra! He perdido mis parientes, y mis amigos queridos!

—¿Cómo, le preguntaban, tambien se han muerto sus amigos de usted?

—No, pero han hecho fortuna.

¡Verdad amarga!

COSTUMBRES.



—Ello es, señor, que cuando no son bailes, son conciertos y que por resultado todo son gastos y desórden.
—Pues amiguito, para que su hija de usted se case algun dia, preciso es que vaya yo á todas partes, conque tómalo por donde quieras.



—Mozo, ¿cuánto se debe?
Tres chocolates con pan y manteca; tres cafés idem; tres merengues; tres sorbetes; once tacillas de dulce; siete copas de rom; ¡bizcochos; barquillos... Cincuenta y siete reales.
—Cincuenta y siete demonios que me lleven por borrico!—Y luego dicen que el ser galante cuesta muy poco.

CARLOS PIZZALA.



—Si supieras, Pepe mio, lo bien que he oido hablar y qué elogios hacen de tu obra sobre Economía Política.—¡Qué talento tiene ese hombre y qué lógica tan irresistible!... Y yo como te quiero tantísimo, figúrate si me pondré hueca. ¿Has visto qué brazaletes tan preciosos hay aquí?



—Dime, Antonio ¿hace mucho frio por la calle? Contéstame.
—Calla chica: si á veces no sé en qué estoy pensando. Pues no creí que traia un casco puesto en la cabeza.

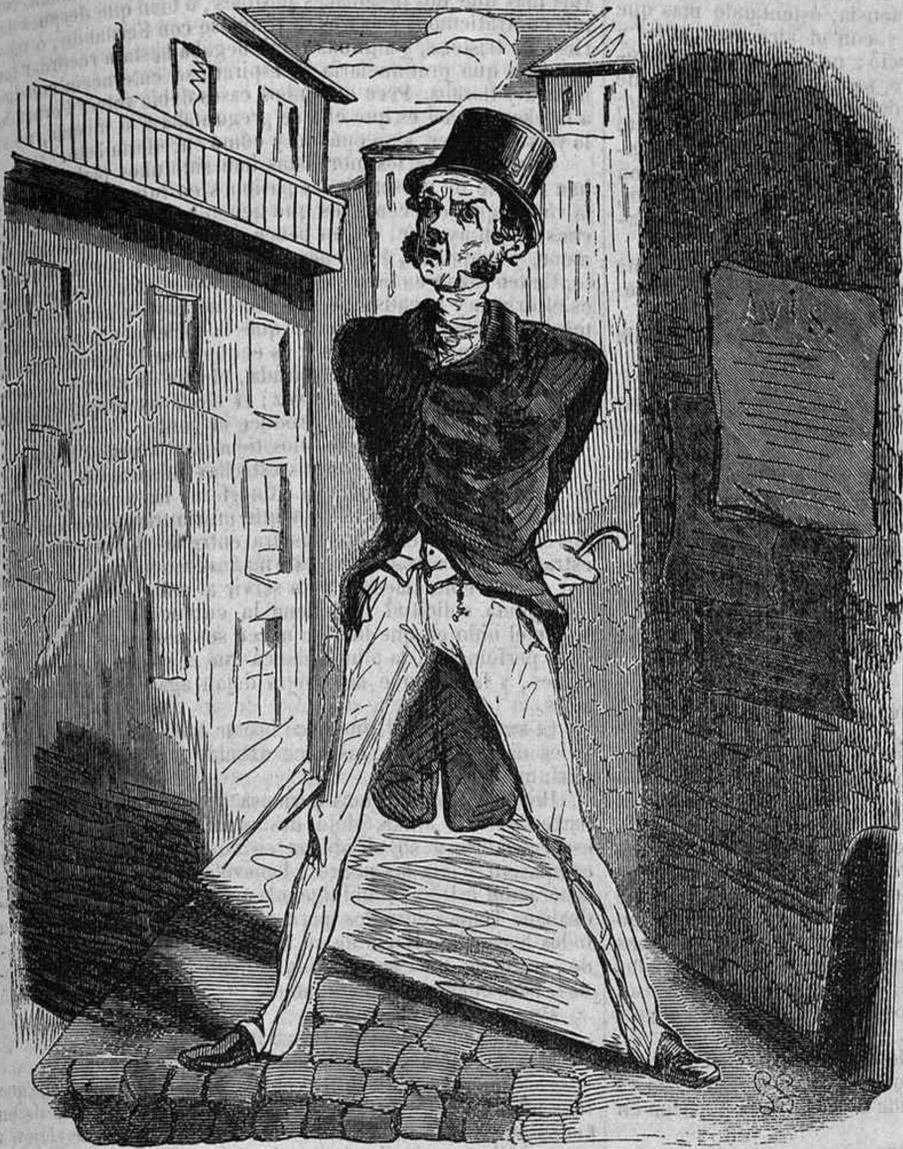
UNA HISTORIA ESTRAVAGANTE.

VII.

Durante este intervalo habia llegado el domingo, y el lunes debia Fernando despedir á Carlos Lefloch. Este habia empezado desde por la mañana á dar motivos mas que suficientes para que su amigo le hiciera el favor consabido. Algunos sugetos que habian llegado el dia anterior de la ciudad inmediata, habian pasado la noche en casa del tio de Fer-

nando. Carlos empezó por mezclar las botas y zapatos que cada uno habia puesto la noche anterior á la puerta de su cuarto respectivo para que se limpiáran. Puso las botas de M. Lefebure á la puerta de uno de los huéspedes, hizo un par con la bota derecha de uno y la izquierda de otro, etc. etc., lo cual produjo una confusion grotesca. M. Lefebure se obstinó cerca de media hora en meter sus pies en unas botas que apenas eran capaces de contener sus tobillos, por temor de hacer esperar á sus huéspedes y á su esposa; pero nadie estaba aun en el comedor. Cada uno se quejaba al ir llegando, uno de no haberse podido meter las botas, otro de no haber ha-

llado á la puerta de su cuarto mas que un calzado tan ancho que se le salia á cada paso. Entonces se esplicaron, y conocieron las botas propias en pies ajenos. Hablamos de los pocos que habian podido calzarse. Fué menester subir de nuevo á los cuartos; el almuerzo estaba frio; la señora de la casa se puso de mal humor y le descargó con Carlos; este la respondió bruscamente; Fernando que conocia el mal genio de su tio Lefebure, se apresuró á dirigirle un ¡Carlos! en tono amenazador.
—Pero hombre, dijo M. Lefebure, tiene razon para responder; la repreension de Clarisa es injusta: exige virtudes en



—¡Calla! Me dice mi mujer al salir de casa esta mañana temprano que iba á las tiendas con doña Robustiana, y doña Robustiana está al balcon todavía con la bata de levantarse!



—Conque ya has visto á tu futuro... ¿qué te parece?...
—Me parece ridículo y necio.
—¿Y eso ¿qué importa para que sea tu marido?



Una mercancía que ha adquirido gran valor entre los bastidores del teatro del Circo.



—Si amigo, la muerte de mi mujer ha sido para mí una pérdida muy dolorosa!
—Vea usted lo que son las cosas, la de la maia fué para mí una ganancia loca.

VIII.

los criados que los amos tendrían mucho trabajo en practicar.
Cárlos y Fernando se miraron sorprendidos. El bueno del
tio no tenía tanta paciencia generalmente. Cárlos rompió dos
tazas. M. Lefebure le preguntó si se había cortado. Después
de almorzar dejó entrar en el jardín las gallinas y los conejos.
El tio no encontró nada que decir sino que era menester echarlos.
Cárlos dijo á Fernando con semblante mustio:

—Fernando, son las nueve; es menester que á las diez esté
yo fuera de aquí. Voy á dar un gran golpe.

Cogió piedras y las arrojó al jardín para echar de él las
gallinas y los conejos, y dirigió tan bien las piedras, que to-
das fueron á caer encima de las campanas de vidrio que cub-
rian las plantas de melones.

Fernando fingió entonces una cólera violenta. M. Lefebure
no se ocupó sino de calmarle.

Los dos amigos no sabían qué hacer; Cárlos particular-
mente estaba desesperado. Derramó el contenido de un tinte-
ro sobre una alfombra, rompió el fanal de un reloj de sob-
remesa, y dejó abierta la jaula de los canarios holandeses,
los cuales se escaparon. Fernando tomó entonces la palabra.

—Oiga V., señor pillastre, todo esto pasa ya de chanza.
Desde esta mañana parece que se ha propuesto V. saquear la
casa de mi tio. Me vá V. á hacer el favor de despejar dentro
de cinco minutos, que es justamente el tiempo necesario para
hacer el atillo. Desde este momento no está V. á mi servicio,
y no quiero oír hablar mas de semejante truan.

Cárlos en voz baja á Fernando.—Me quiero llevar el pantalon
de color de perla.

Fernando lo mismo.—No puede ser, le necesito.

Cárlos.—Yo tambien.

Fernando.—Entonces no te irás porque te voy á perdonar.

Cárlos.—No vayas á hacer tal disparate.

Fernando.—Deja el pantalon ó te perdono.

Cárlos.—Bueno, le dejo.

Fernando en alta voz.—¿Lo oye V., Cárlos? dentro de cinco
minutos ha de haber salido V. de mi casa.

M. Lefebure.—Cómo, Fernando, ¿irás á echar de tu lado
á un criado tan fiel, solo por un dia de torpezas? Un criado
que tanto te quiere.

Fernando.—Sí... mucho me quiere... vive Dios.

M. Lefebure.—Sí, te tiene mucho cariño, y tú tambien á
él; tu enfado no es formal.

Fernando.—¿Cómo que no es formal, tio? Todo lo contra-
rio: estoy fuera de mí; solo el respeto que le tengo á V. me
impide el darle una correccion violenta; solo...

M. Lefebure.—¡Bah! yo afirmo que ya te calmarás y que
volveréis á ser muy amigos. ¿Qué hora es? Las diez. Puesto
que son ya las diez y que te empeñas obstinadamente en echar-
le, no trato ya de impedirlo...

Fernando.—Cómo, tio, puesto que son ya las diez... ¿qué
quiere V. decir con eso?

M. Lefebure.—Que deseo impedir el que ese mocito alcance
á Fany. Pero tú no esperabas este suceso, y por consiguiente
estoy seguro de que deberás algun dinero á ese mastuerzo.
¿Le quieres?

Fernando.—Lo ha adivinado V., tio. Deme V. ciento veinte
francos. Es V. un tio escelente.

M. Lefebure.—No te doy mas que lo que es tuyo. Voy á
buscar los treinta pesos; sin embargo, si necesitas para tí,
si necesitas uno ó dos billetes de quinientos francos, los cua-
les habrás venido tal vez á buscar...

Fernando.—¡Oh tio sagaz! ¡tio bondadoso! ¡tio modelo!

M. Lefebure.—Voy á buscarte ese dinero mientras arregla
ese picaro su tio. Un poco dura es la palabra «picaro», caba-
llero Cárlos, pero cuando los criados no son amos, cuando
uno es criado...

Cuando se marchó el tio, dijo Cárlos á Fernando.

—¿Sabes que tu tio es un zorro viejo y que se burla de no-
sotros?

M. Lefebure no tardó en volver con un taleguito azul lleno
de dinero. Fernando y Cárlos se dirigieron una mirada que
espresaba una codiciosa alegría.

M. Lefebure.—Toma este recibito y firmale; espero que sea
el último que me des, porque dentro de cinco meses serás
mayor de edad y te rendiré cuentas con un apresuramiento
difícil de describir; he aquí por ahora esta cuentecita de men-
dencias.

Table with 2 columns: Description of items and Amount. Includes 'Tengo que entregar á mi sobrino Fernando' and 'Ciento veinte francos para las soldadas de Cárlos'.

Table with 2 columns: Description of items and Amount. Includes 'Tengo que cobrar de mi sobrino Fernando' and 'Por dos tazas que ha roto su criado Cárlos'.

—Sí, amiguitos míos: novecientos noventa y dos francos
son únicamente los que os voy á entregar, añadió M. Lefe-
bure, porque mientras no pasaran vuestras travesuras de ha-
cerme creer que un jóven tan fino y bien educado como el
caballero Cárlos Lefloch era un miserable criado, no me cos-
taban nada y yo tambien me divertía con ellas. Pero cuando
llegan al extremo de romper y destrozar lo mejor que tengo
en mi casa, es necesario que obtenga yo una indemnizacion.
Cárlos y Fernando confusos y cortados en el primer mo-
mento, saltaron al fin una carcajada bómérica.

—¡Bravo! bravo! ¡los tios y tutores han sido vengados y
nosotros derrotados! ¿Pero cómo ha descubierto V. nuestro
enredo?

—Por una conversacion muy poco recatada que oí hace hoy
ocho dias.

M. Quantin asistió puntual á la comida que daba M. So-
rin en obsequio del padre de Hortensia, ostentando mas que
nunca su estrafalaria elegancia, y con el aire mas audaz y
triumfante. Hortensia se estremeció; no estaba bastante se-
gura del buen gusto de su padre para dejar de temer que
hallara á M. Quantin bastante despejado y muy gracioso;
pero pronto recordó lo obstinado que estaba con el funesto
casamiento de que anteriormente le habló, y al cual la ha-
bia condenado hacia tanto tiempo, y unos temores fueron
disipados por otros. Se tranquilizó en cuanto á M. Quantin,
y se horrorizó al pensar que de todos modos querrian sepa-
rarla de Fernando.

Margarita.—Le advierto á V., M. Quantin, que lo que
está V. diciendo no tiene nada de alegre ni de chistoso.
Aquí está la caza de V., tenga V. la bondad de trincharla.

M. Quantin.—Con mucho gusto, señora. ¿Querrá de ella
la señorita Hortensia? ¿Qué la parecen á V. esas aves?

Hortensia.—Muy buenas; pero no sé lo que son.

M. Quantin.—Son pichones, pichones blancos, á fé mia.
Recuerdo una escena magnífica descrita por M. Jolyot de
Crebillon. Cuando Atrea va á hacer comer su sobrino á su
hermano Thyesto; mientras guisan al jóven, Atrea, con tono
irónico se entretiene en hacer reflexiones á su hermano que
está inquieto con la prolongada ausencia de un hijo que ig-
nora se halle á aquellas fechas dando vueltas en el asador.

Margarita.—M. Quantin, propende V. hoy á una feroci-
dad poco comun.

M. Quantin.—Vaya, no hablemos mas.

Después de comer, M. Quantin siguió á Hortensia al sa-
lon y la dijo:

Tus gemidos me anuncian tu pena:

—Me refiero como siempre á Atrea y Thyesto. Es una tra-
gedia lindísima, ¿no es verdad, señorita? Tambien ha escrito
M. Dubeloz Gabriela de Vergy. Es una dama á la cual obliga
su esposo á comer el corazon de su amante. Si V. quiere, la
enviaré esa tragedia. La interesará á V. mucho. Los picho-
nes estaban escelentes, ¿no es verdad? Ha creído V. tal vez
que desesperado con la lectura del mensaje que llevaban me
levantaría la tapa de los sesos, ó me arrojaría á un pozo, ¿no
es verdad? Nada de eso. De un solo golpe cogí los pichones
y el pollo. Agradézcame V., aun, que no haya presentado á los
convidados mas que los pichones; pero no se enfade por eso:
vamos, ya veo que no es V. filósofa; me está poniendo ma-
la cara.

—Caballero, dijo Hortensia, le contestaré á V. usando de
su propia espression, que si le pongo á V. mala cara, no es
por lo menos tan necia y estúpida como la que V. tiene en
este momento.

Y le volvió la espalda con desprecio.

Con el doble pretexto de estar cansada y de tener que sa-
lir al dia siguiente antes del alba, se acostó temprano y
pasó toda la noche buscando inútilmente en su imaginacion
un medio seguro de dar noticias suyas á Fernando.

Al amanecer Hortensia marchó con su padre. Fernando,
inquieto por su silencio harto prolongado ya, se dirigió á la
granja y dió varias vueltas á su alrededor. Las ventanas del
cuarto de Hortensia estaban cerradas: la creyó enferma. En-
tró, habló con los mozos de labranza, y supo que su amada
habia marchado hacia dos dias en compañía de su padre.
Fernando se desesperó. No hallaba medio alguno para escri-
birla. Todo estaba perdido. Cárlos consiguió por fin persua-
dirle de que si Hortensia le amaba, ya conseguiria ponerse
en comunicacion con él, porque una carta, en París, aunque
no lleve las señas de la casa, llega tarde ó temprano á manos
de la persona á quien va dirigida.

Los dos amigos regresaron á París. Fernando se volvió
triste y meditabundo, rehusando tomar parte en ninguna
clase de placeres ni diversiones. El amor es como la fruta del
Soto que nos describe la Mitología; cuando se ha probado
una vez, todos los manjares parecen ya insípidos y desagra-
dables. Hay tal encanto en los sufrimientos que ocasiona el
amor, que se prefieren á todos los placeres y goces que
pueden hallarse en la vida, y no se desea ni curacion ni alivio.

Hortensia, cuando entró en su casa, no espermentó esa
alegría sencilla y silenciosa que se tiene cuando se vuelve al
hogar paterno después de una ausencia de algunos dias. Vió
con indiferencia su sillón al lado de la chimenea en el sitio de
costumbre; sus rosales tenían aun algunas rosas pálidas y
cuasi marchitas, corona melancólica del otoño; pasó cerca
de ellos sin aspirar su perfume. Las madreselvas plantadas
en espaldera delante de la casa, habian trepado hasta la ven-
tana de su cuarto, y la rodeaban con sus ramas; las gallinas
volvieron á acudir á su voz para recibir el grano; la anciana
criada la dijo que venia muy guapa y rolliza, y ella en cam-
bio... se mantuvo insensible á todas estas sensaciones de un
regreso, únicos placeres que proporciona un viaje.

Todo habia cambiado de aspecto en la existencia de Hor-
tensia. Todos aquellos dias que dejaba tras sí habian desapa-
recido con su recuerdo, su alegría y su dolor, como las am-
pollas brillantes de jabon que se lleva el viento, y que desapa-
recen en el espacio perdiendo progresivamente sus esplén-
didos colores. Ya no existia en su memoria mas que el
tiempo que habia pasado con Fernando; este era todo su
pasado. Su vida fué desde entonces mas tranquila y silenciosa
que antes. No se entregaba á ninguna sensacion exterior. Su
alma se halagaba con dulces recuerdos. Leía cien y cien
veces las cartas de Fernando; buscaba un medio de comu-
nicacion con él, porque desde la traidora y villana accion de
M. Quantin, debia estar muy inquieto con la salida repentina
de la granja. Aunque los esfuerzos de su imaginacion fueron
infructuosos, no podia creer que se hubiera separado de
Fernando para siempre.

No dudó que su amante estaria averiguando entre la gente
de la granja el sitio en que se hallaba su cariñosa y tierna
Hortensia, y á cada paso que oía cerca de la casa, se asomaba
á la ventana para ver si era Fernando que se presentaba va-
lido de alguna estratagemá amorosa, tanto mas fácil de poner
en práctica, cuanto que su padre no conocia al jóven ni sabia
siquiera su nombre. Algunas veces imaginaba que Fernando
tenia derecho para creerse alevemente abandonado por ella, y
que quizás su resentimiento, legítimo al parecer, le impedi-

ria que se ocupara en buscarla; pero ninguno de estos obs-
táculos era insuperable para Hortensia. No habia visto nin-
guna novela que acabara así en la mitad del volumen. No
veía mas que dos desenlaces posibles, ó bien que después de
mil contratiempos y azares se reuniese con Fernando, ó mori-
rse de tristeza, y algunas veces llegaba hasta á recordar las
palabras que pronunciaria al espirar; se enternecía consigo
misma y lloraba. Pero en ambos casos debia volver Fernando
á la escena. Así es que ella se preguntaba á sí misma, no si
le volvería á ver, sino cuándo y cómo sucedería esto.

Generalmente los moralistas han sido unos pedantes que
han tratado de proescribir las pasiones en lugar de dirigirlas;
la virtud que ofrecen á los que tienen hambre, sed y sueño,
consiste en ayunar, en no beber, y en velar. Proscriben el
amor, y los poetas, á quienes se trata siempre tan ligeramen-
te, tienen razon en este caso para hablar contra ellos; el amor
es el origen y la causa de todo lo que hay de grande, her-
moso y noble. El vulgo cree que la belleza es la madre del
amor: al contrario, el amor es el que crea la hermosura, el
que traslada el alma á una mirada, el que da gracia al cuer-
po, dulzura y vibracion á la voz; el amor es el que produce
ambiciones nobles, el que produce el genio.

Todo lo que ha creado Dios tiene por objeto el amor.

Ese dosel de záfiro con sus estrellas chispeantes, ese sol,
las flores que embalsaman la atmósfera, las armonías dulci-
simas y admirables de los rios que murmuran entre sus ver-
des orillas, del viento que suspira entre las flores cuyo zumo
estrae, toda esa grandeza, esa magnificencia ha sido creada
por el Supremo Hacedor para servir al amor de templo, con
la inquieta solicitud que tiene la curruca al recoger, para
hacer el nido en que han de nacer sus polluelos, las yerbi-
citas perfumadas, la pluma blanca que el viento arranca á los
cisnes, y la lana que las ovejas dejan agarrada en los zar-
zales.

El amor es el sol que hace brotar todas las flores cele-
stiales del alma y que las hace exhalar tan divinos y suaves
perfumes.

Hortensia se hizo mas hermosa y mas pura. Su corazon
harto lleno de amor, dejó desbordarse algunas gotas que,
esparciéndose á su alrededor se convirtieron en piedad y
compasion hácia los pobres, benevolencia hácia los débiles,
veneracion á Dios, é indulgencia para todos los que la
rodeaban. Tenia consuelos para todas las penas, alivio para
todos los males. Hacia de su hermosa alma un templo sagra-
do, puro de toda profanacion y lleno de resplandores divi-
nos, para encerrar en él su amor.

Un dia le dijo su padre:

—«Ya no me hablas de tu casamiento.»

Ella palideció y no respondió ni una palabra.

—«No he visto á tu futuro en París en el último viaje que
hice allá; me digeron que estaba en el campo en casa de un
tio suyo. El tio á quien he escrito me contesta que el jóven
no se halla muy inclinado á esta union. Mi orgullo de padre
me dice sin embargo que cambiará de opinion cuando te haya
visto una vez siquiera.»

Hortensia se echó á los pies de su padre, cogió una de
sus manos en la cual ocultó su lindo semblante, y le dijo:

—¡Oh padre mio, mi buen padre, no labreis la desgracia
de vuestra hija, renunciad á esa union funesta!

—«Creo haber dicho ya mas de una vez á mi hija que me
fastidian, me horrorizan esas frases pomposas que ha apre-
ndido en el colegio. El tio va á poner los medios para que
vuelva el jóven, y tú te resignarás sin murmurar, á la felici-
dad que te preparamos. Tan bueno é indulgente soy cuando
se trata de librarte de un pesar fundado y verdadero,
como seré inflexible cuando se trate de obligarte á ser feliz.
No tendré compasion alguna con los caprichos y necedades
que te se han metido en la cabeza; te casarás con el hijo de
mi amigo. La historia nos cuenta varios casos de padres que
dispusieron de la voluntad de sus hijas para cumplir votos
que habian hecho. Regocíjate de la diferencia que hay entre
aquellos padres mas ó menos mitológicos y yo; ellos consa-
graban generalmente sus hijas á la muerte ó á Diana, á Vesta
ó á un convento: yo por el contrario te sacrifico... en las
aras del himeneo. El jóven es buen mozo, segun dicen; es
fino, y está bastante bien en cuanto á intereses. Te he consa-
grado á la felicidad, y te declaro que el sacrificio se cumplirá
ó dejaré de llamarme Delaunay.»

Hortensia se fué á su cuarto y dió libre curso á su llanto;
después leyó las cartas de Fernando y recobró fuerza y ener-
gía. Sin embargo, en vano esperaba recibir noticias de su
amado: estas no venian.

El padre de Hortensia era el padre mas á propósito para
hacer desesperar á la hija mas pacífica; no se tomó el trabajo
de adoptar un gesto mas severo que de costumbre, de ahue-
car la voz, ni de fruncir el entrecejo; esto hubiera sido admi-
tir que existia lucha entre su hija y él. Una vez espresada su
voluntad, no creia necesario ocuparse de hacerla cumplir.
Si Hortensia hubiera querido hablarle aun de su casamiento,
habria manifestado él tanta estrañeza, como si su hija hu-
biera querido oponerse á la ejecucion de un hecho consu-
mado ya. Desde el momento en que iba una orden en su
casa, la consideraba obedecida, y no admitia discusion al-
guna sobre el asunto. Así es que su muger no tenia mas que
un recurso cuando las órdenes de su marido la disgustaban:
no contestaba una palabra, y M. Delaunay estaba tan persua-
dido de que se le obedecia que ni se tomaba la molestia de
averiguar si era así realmente. Dos años antes habia mandado
que se vendiera un caballo, el cual no habia salido de la casa,
y seguia llevando diariamente á su amo sobre su ancho y
fornido lomo; M. Delaunay preferia suponer que habrian com-
prado otro enteramente igual, á creer que habria sido deso-
bedecido una vez siquiera. Habia despedido tambien á un jar-
dinero hacia seis meses, y este se ocultaba á las miradas de
su amo y seguia haciendo tranquilamente sus trabajos.

Hortensia se dirigió á su madre, la confesó su amor á Fer-
nando y la pidió proteccion. Pero la madre la respondió con
razon que no era posible engañar en esto á M. Delaunay; no
se le podia hacer creer con la misma facilidad que su hija es-
taba casada, como que el caballo rojo habia sido vendido, etc.
Compadecía á su hija, lloró con ella, y la aconsejó que se re-
signara al sacrificio. Además, segun todas las apariencias,
Fernando la habia olvidado y no le volvería á ver. El marido
que se le proponia tenia todas las cualidades que pueden
producir el amor, mientras que de Fernando nada se sabia.

Hortensia pasó una noche muy mala reflexionando su situación. Cuando oyó á su madre rehusarla su apoyo, y en lugar de animarla, demostrarla la imposibilidad en que se hallaba de resistir á su padre, se dejó llevar hasta el extremo de la desesperacion, y cogió un frasco de arsénico que su padre tenia guardado para destruir algunas veces ciertos animales dañinos. Encerrada en su cuarto habia rezado, habia males dañinos. Encerrada en su cuarto habia rezado, habia males dañinos. Encerrada en su cuarto habia rezado, habia males dañinos.

Vaciló aun algunos dias; pero habiéndola dicho su padre que en carta que acababa de recibir le decia el tío de su prometido que iba á ir á París á buscarle y traerle consigo, escribió la jóven á su amiga Laura contándole toda su historia, y participándole su resolucion; concluía su carta con estas palabras:
«Me marcho de aquí. No me contestes. Dentro de pocos dias estaré á tu lado.»
Tu desgraciada amiga Hortensia.

IX.

EN EL TALLER.

La naturaleza ha hecho todas las cosas de tal manera con respeto al hombre, y necesita este trabajar tanto para llegar á ser desgraciado, que se llega á creer que realmente halla en serlo algun placer, cierta voluptuosidad particular, y se puede dispensar la humanidad de compadecerle. Ha llamado el hombre felicidad á todo lo imposible, y desgracia á todo lo que es inevitable. El hombre verdaderamente sabio es el que sabe gozar de todos los pequeños goces que halla en el sendero de su vida. Algun dia escribiré un libro muy voluminoso sobre los pequeños goces; consagraré en él un gran número de páginas á la vuelta del invierno, de esa estacion que se ve desaparecer con tanto gusto, y á la que se recibe sin embargo con tanto placer cuando vuelve. Si los primeros rayos del sol de mayo hacen florecer las pálidas rosas del espino blanco y las florecillas de los campos; si su fuego creador hace abrir á un mismo tiempo las flores de la primavera, y da ensanche á los pensamientos de amor, á las alegrías dulces sin causa aparente, hace gozar de los paseos en las pintorescas orillas de los rios, de las noches de atmósfera templada y pura y de cielo estrellado, del gorgojo vibrante y sonoro de las currucas que se ocultan en los bosques ó entre las liras, de los dias enteros que pasa uno blandamente recostado sobre la yerba y las flores de una pradera, de las tristezas dulces, de las melancolías apacibles; el invierno tambien trae sus goces y sus fiestas. Al dulce calor de la chimenea renacen las tertulias agradables, fermentan las conversaciones entretenidas delante de un fuego que chispea, y al ruido de la lluvia que azota furiosa los cristales. Al resplandor del fuego renacen las lecturas largas, los recuerdos, la música agradable, tocada en un piano ó en un órgano colocado en un rincon del taller, y vuelven los amigos vagabundos y encuentran con alegría sus pipas colgadas en la pared y libres de todo atentado por tener esta inscripcion:

.....Odi profanum
Vulgus, et arceo.

En el invierno hay alfombras, banquetas, almohadones, se rie con esa risa infantil que solo se puede usar al lado de aquellos con quienes se ha pasado la infancia; todos estos placeres son las flores del invierno que se abren al calor del fuego.

Fernando estaba con Carlos Leffloch en el taller del pintor Antonio Huguet; éste pintaba en un rincon copiando un modelo de muger, y el galopin, Gargantua, lavaba unos pinceles.
—Ya lo sabes, Gargantua, dijo Fernando, si se presenta aquí un caballero con levita de color de castaña...

—¿Qué esperas á tu tío? interrumpió Carlos.
—Si, de él estoy hablando, respondió Fernando. Escucha, Gargantua, y aprovéchate de esta ocasion que te proporciono de suspender por un momento tus importantes trabajos. Harás entrar á ese caballero aquí y no á mi cuarto; le recibiréis todos muy bien; le hareis formar de mí una opinion muy ventajosa, siempre como abogado, y le direis que estoy haciendo una escursion en los alrededores que durará algunos dias. No tengo yo gana ahora de pasear á mi tío por todo París, ni llevarle á lo mas alto de la columna de la plaza Vendôme, ó á la cúspide de las torres de Nuestra Señora. No volveré á estar visible hasta el último dia de su estancia en París, que será menester saber cuál es, para entonces arreglar las cuentas de tutoría; porque habeis de saber que hace tres dias que he cumplido 23 años, y este es el fin virtuoso que se ha propuesto al emprender su viaje. Al dia siguiente de su partida habrá un banquete suntuoso, para el cual será menester convidar á todos los amigos que encontremos hasta entonces.

—¡Ah! dijo Carlos, la ventana de la vecina de enfrente está abierta.
—Hacia ya dos dias que no se la veia, observó Antonio.
—No lo extraño, replicó Carlos, no puede asomarse á la ventana sin encontrar tus dos ojitos fijados sobre ella como los de una serpiente sobre un pájaro que quiere fascinar para devorarle.

—¿Es bonita? preguntó Fernando.
—¿Qué te importa á tí? contestó Carlos. A tí que has renunciado al amor, y para quien no hay ya mas que una muger en el mundo.
—Y una muger, añadió Antonio, á la que adoras sin saber donde se halla ni si piensa en él; una muger que indudablemente se ha burlado de él. Vamos, hombre, no me pongas

esa cara tan feroz. Gargantua, trae pronto una daga y una rodela, que Fernando va á saltar sobre mí como un tigre furioso. ¿Me preguntas si es realmente bonita la vecina? Puedes conocerlo por los efectos que ha producido su aparicion. Mira qué alteracion hay en el traje de Carlos. ¿Le habias visto hasta hoy gastar puños sobre la bocamanga del frac?

—Mira, dijo Carlos, cómo se coloca Antonio en la ventana de modo que se delinea perfectamente su perfil sobre el fondo oscuro del interior de la habitacion.

—Y Gargantua, dijo Antonio, ese Hipólito indomable hasta hoy, ese Gargantua feroz que hasta la edad de catorce años que ha poco cumplió, habia permanecido insensible á los atractivos del amor, se peina ya cuidadosamente y da brillo y suavidad á su cabellera con todo el aceite de ballena que encuentra en el taller.

—Gargantua es nuestro rival, observó Carlos.

—¿Pero qué interés, preguntó Antonio á Fernando, tienes tú en saber todas estas minuciosidades que tienen relacion con nuestra vecina, ó por mejor decir, cómo puedes oír las referir sin escrúpulos? ¿No crees cometer, ocupado por un momento de otra, una infidelidad terrible á tu bella desconocida que tal vez no exista á estas fechas?

Carlos cantando. —¡Ay de mí, huyó cual vana sombra!

La bella desconocida que has citado se llamaba la Melancolía, y tenia un vestido azul, desapareció de repente sin que haya vuelto á saberse de ella. Si yo me atreviera á enunciar mi opinion, vistas sus perfecciones sobrenaturales, y su desaparicion fabulosa, diria que no la creo muger, sino una *dama duende*, una hada, que pertenece á la clase temible de los *espiritus*.

Antonio. —Sombra, vapor, humo, fuego fátuo.

Carlos. —Espectro, fantasma.

Fernando. —No creo que los respetables señores que habeis nombrado sucesivamente acostumbren llevar ligas como esta.

Carlos. —Aparicion de ligas que se harian desaparecer con pronunciar tres palabras.

Fernando. —Hablemos de la vecina.

Antonio. —Ten cuidado, no seas infiel á tu vision; las novias del otro mundo no se andan en chanzas: te ahogaria como á un pollo.

Fernando. —Bueno, pues para curarme de mi mania, voy á galantear á la vecina.

Carlos. —A quien no has visto aun.

Fernando. —Es cierto, pero á quien amo ya con delirio.

Antonio. —Declaro que te cedo todos mis derechos sobre ella, poniéndome así al nivel de Nisus y Eurialo, de Pilades y Orestes, y de todos los amigos célebres cuyo ejemplo nos presenta la historia.

Carlos. —Mirad, amigos, entreabre de nuevo la ventana, está vestida, va á salir... ¡Es raro... á estas horas! Dentro de un rato será ya de noche.

Fernando. —Ven conmigo, Carlos. (Cantando):

La victoria será nuestra.

ALFONSO KARR
(Concluirá.)

Como quiera que han sido varias las felicitaciones dirigidas á nosotros por muy distinguidos profesores del arte de curar, en consideracion á los dos artículos que hemos publicado impugnando la homeopatía, nos vemos imposibilitados, por falta de tiempo, de contestar á cada una de ellas en particular. Asi, pues, y siendo una misma cosa la que habiamos de repetir á todos estos señores, por ser una misma tambien con corta diferencia la que se sirven decirnos ellos, hemos resuelto hacerlo en general, manifestando á todos y cada uno de los que se nos han dirigido, que al tratar la cuestion homeopática, al aclarar los hechos un tanto oscurecidos, y al presentar ciertos datos irrecusables, que pongan al público en estado de juzgar con acierto sobre un sistema tan falso como ridículo, solo hemos deseado cumplir un deber imperioso é imprescindible que sobre nosotros pesa desde que acometimos la empresa árdua y harto difícil de ilustrar la opinion general en esta y cualesquiera otras cuestiones. Si ahora hemos acertado; si en la opinion de entendidos profesores y catedráticos muy dignos nuestra crítica ha sido juiciosa, razonada y digna del asunto que tratamos, nosotros nos felicitamos tambien por ello; pues no podemos desconocer que estos son los jueces únicos y competentes en la materia; de tal manera, que nos es ya de todo punto indiferente la censura que llegasen á merecerle estos escritos nuestros á otras medianas inteligencias.

Accedemos gustosos á los deseos manifestados por muchos señores profesores acerca de la publicacion de otros nuevos artículos sobre el mismo asunto. La aceptacion general que los anteriores han tenido en la corte, nos autoriza hasta cierto punto á insistir en nuestro propósito de destruir el error fatal en que han incurrido las clases mas acomodadas de la sociedad, merced al charlatanismo y á la osadía de algunos embaucadores y farsantes de la corte.

El señor Araque, autor de los dos artículos publicados, está escribiendo un tercero, donde demuestra evidentemente que la homeopatía, esto es, el principio *similia similibus* debió su origen ó se le ocurrió 400 años antes que al famoso Hanlieman, á su paisano y no menos celebrado por sus escentricidades y locuras, á Theofrasto, Bombasto de Tohenhein Paracelso, esto es, al que buscaba con tanto ahinco la *piedra filosofal*, ó como si dijéramos, el que emprendió *hacer oro*, segun arte, es decir, el que ideó el medio de *prolongar la vida*, si bien se murió á la edad de 41 años.

Tambien probará el señor de Araque que la Homeopatía solo le debe á Hanlieman el descubrimiento de las dosis infinitesimales, esto es, la parte mas grotesca y ridícula. Detallará los pueblos que recorrió aquella doctrina, casi los mismos que ha recorrido ahora esta; dirá las persecuciones que sufrió aquel visionario, de la misma especie que las de este otro iluso; se burlará finalmente de los sectarios de la rejuvenecida escuela, por su candidez, creyéndola nueva, ó por su mal gusto si les agrada desenterrar cadáveres.

Y por último, se harán otras aclaraciones importantes, y se darán mas estensos detalles con el doble objeto de mostrar nuestra gratitud á los profesores ilustrados y catedráticos dignísimos que nos han felicitado, y de enterar al público de este asunto.

El quid pro quo.

En una funcion pública estaba un jóven muy tímido colocado detrás de una señorita que le gustaba mucho y con la cual no sabia cómo entablar conversacion. De pronto vió un insecto que subia por el chal de su linda vecinita y la dijo:

—Señorita, la advierto á usted que tiene un animal detrás.
—¡Ay Dios mio! contestó ella volviéndose asustada; no sabia que estaba usted ahí.

El hombre propone y Dios dispone.

Interrumpiendo la serie inmensa de tomos de poesías de todos calibres y de ninguna importancia que llegan diariamente á nuestras manos, hemos recibido una leyenda escrita por don Francisco Vila y Goiri con el título que vá á la cabeza de este párrafo: fúndase en una sencilla tradicion religiosa que el poeta ha sabido hacer interesante por la forma armoniosa que ha dado al cuadro y por la valentía de colorido, la belleza de las descripciones, la originalidad de los pensamientos y lo fácil y correcta que es siempre la versificación. Mas pensábamos decir de esta produccion con que tan felizmente se anuncia el señor Vila, pero no nos queda lugar para otra cosa que para recomendarla sinceramente á nuestros lectores.

Mr. Fossari, á su regreso de un viaje á Italia, ha facilitado el dibujo que damos en la última página de este número, y que es copia de un cuadro magnífico que existe en la galería del palacio Brignola en Génova. Está colocado entre un retrato de cuerpo entero hecho por Van-Dyck y un Luca della Robbia, lo cual manifiesta ya que debe ser un cuadro de algun maestro. En frente hay una virgen de Sebastian del Piombino. —¿Quién es el autor del original cuya copia damos? —No se sabe. ¡En esa muger jóven y hermosa, pobre y desgraciada, conduciendo á su niño con una mano y llevando en la otra su atillo de ropa, mientras que la sigue una muger de edad avanzada que será sin duda su madre, hay una poesia, un sentimiento, un dolor tan profundo y grave como el que produce la emigracion!....

VIAGE Á LA ISLA ONEIDA.

Dedicado á mi querido tío D. J. K.

(Conclusion.)

III.

DESCRIPCION DE FILADELFIA.—Ritos, creencias y costumbres de los quákaros.

La suerte de los quákaros no mejoró hasta el reinado de Carlos II, que como ya hemos dicho anteriormente, concedió á Penn el territorio situado en la embocadura del Delaware, con la única condicion de que las leyes de la colonia que fundase en aquel sitio, no habian de ser contrarias á las inglesas. Trasládose Penn á la América, compró á una tribu indígena que le ocupaba el terreno en que su rey le permitia fundar un estado, y empezó su obra ayudado del célebre Roberto Barkley, sabio literato y profundo político, que escribió con claridad los oscuros dogmas del ignorante cordonero.

El trabajo, la actividad y la pureza de costumbres, fueron los fundamentos de este nuevo estado en que se admitian individuos de todas religiones. Los quákaros, rígidos observadores de la naturaleza, desprecian los ornamentos superfluos, las costumbres ridículas, las supersticiones pueriles, y todas las dignidades cuando son adquiridas á costa de crímenes y bajezas; detestando el despotismo, aborrecen las guerras, las conquistas, la usurpacion, y á pesar de su natural dulzura castigan cruelmente á los criminales. Tan sencillos en sus trages como en sus costumbres, observan un género de vida siempre igual y metódico; jamás se descubren la cabeza á no ser en las funciones religiosas, y tratan cordialmente á todos, sean ó no de su religion.

Queriendo volver la iglesia á su primitivo estado de sencillez, han abolido toda la parte de culto exterior; carecen de sacerdotes, y no usan ninguna ceremonia en sus asambleas. Inmóviles, silenciosos y con los ojos bajos, permanecen á veces por mucho tiempo, sin que se oiga el mas mínimo ruido en el local en que se reúnen. Cuando alguno de los asistentes se cree inspirado por el espíritu divino, se levanta de su asiento y dice en alta voz lo que ha sentido ó ha creído sentir, pero siempre con la vista baja y sin dirigir á nadie la palabra.

Con el mayor placer hubiéramos pasado á explicar la vida doméstica y política, los ritos, las supersticiones y todas las creencias religiosas de los individuos de esta secta, si el pequeño espacio de un artículo nos hubiese permitido hacerlo con la estension que desearíamos tratar este asunto, que no dejaremos de continuar en la primera ocasion que se nos presente.

Filadelfia es una de las ciudades que deja siempre gratos recuerdos en la mente del viajero; una vez vistas sus plazas públicas, sus espaciosas calles tiradas á cordel, su vasto y seguro puerto, su biblioteca, su gabinete de historia natural y sus muchos establecimientos científicos, no se puede menos de admirar á sus primitivos moradores que solos, sin recursos y sin conocimiento del pais, atravesaron el Océano para ir á vivir á un sitio inculto y habitado hasta entonces por las fieras tan comunes en América.

El clima de Filadelfia es muy sano á pesar de la rapidez del paso del frio al calor, y el número de nacimientos doble que el de las muertes poco numerosas cuando no reina la fiebre Siam (1).

Su vecindario asciende á 167,700 almas.

(1) Llamada así por haberla llevado á esta ciudad un buque que fué de esta parte de la India.

IV.

DESCRIPCION DE LA ISLA ONEIDA.

Dos meses hacia que estábamos en Filadelfia, sin poder decidirnos á dejar una ciudad cuyos habitantes no perdonaban ningun medio de hacernos agradable la estancia en ella, cuando una mañana entró en nuestro cuarto el hijo del posadero con un pliego dirigido á mi amigo. Abrióle este apresuradamente al reconocer en el sobre la letra de un tío suyo que habia quedado encargado de sus negocios en España, y no bien hubo terminado su lectura se volvió á mi diciendo, que negocios de la mayor importancia le obligaban á marchar dentro de algunas horas, y suspender para muchos años quizá nuestro proyectado viaje á la isla Oneida. Suplicóme tambien que le acompañase á nuestra patria comun, y tantos fueron sus ruegos que al fin accedí, no sin hacer prometer antes á nuestro patron que durante el almuerzo nos contaría todo lo que supiera relativo á la isla Oneida. Sentámonos, pues á la mesa, y nuestro huésped despues de apurar un buen vaso de vino, empezó del modo siguiente su relacion.

Hallábase una noche á la puerta de mi establecimiento, cuando se apeaba de su cabalgadura un caballero bien vestido y que me pidió un cuarto decentemente amueblado; hícele pues, subir á este y cuando le dejé instalado en él, y perfectamente acomodado en la cama, dispuesto á echar un buen sueño bajé á cuidar de su caballo.

Dos horas hacia que estaba recostado en mi cocina y muy próximo á dormirme, cuando oí que me llamaban del cuarto número 3, que es el mismo en que estamos. Subí precipitadamente, despues de haberme puesto el

mandil y encontré á mi hombre, (que era español) colgado por decirlo así del cordon de la campanilla; no bien hubo advertido mi presencia, abandonó esta ocupacion, no sé si por mi llegada ó por haberse roto el tirador.

—¿Son sordos en esta casa? me preguntó.

—No habrá sonado la campanilla.

—Si ha sonado, pero al fin ha venido V. que era lo que deseaba.

—Tiene V. algo que mandarme.

—Sí; mi caballo está muy cansado y necesito uno para mañana temprano, búsquele V.; y al decirme esto me volvió la espalda.

Conociendo que no queria conversacion, le dejé solo y fuíme á casa de un conocido que me prestó su caballo por unos cuantos dolares (1). Volví pues, á darle esta noticia y al otro día muy temprano partió para la isla Oneida.

Tres ó cuatro semanas habrian pasado desde su marcha, cuando le ví entrar en la cocina y pedirme la llave de su cuarto, que habia tenido cuidado de limpiar á amenudo para su vuelta. Tan curioso como todos los de mi oficio, deseaba saber la historia de su viaje, y ya por fin una mañana me atreví á pedirle que me la contase. Complacido sin duda de haberlo encontrado todo en buen orden, y completo su equipaje que habia dejado á mi cuidado, me dió el borrador de los apun-

(1) Moneda que se usa en los Estados-Unidos; equivale á 20 rs y medio.



La emigracion.

tes que sacó durante su estancia en la isla Oneida, los cuales voy á leer á Vds.

«Al día siguiente de mi salida de Filadelfia llegué al lago Oneida, y mi llegada fué el nuncio de alegría para las diez familias que habitaban sus riberas. Era la hora en que aquella buena gente se retiraba de las faenas campestres, y se preparaban á descansar de las fatigas del día en el seno de sus familias sentadas á la puerta de los log-houses (1); conservando el espíritu de hospitalidad que reina en el país que habitan, todos se acercaron á mí para ofrecerme sus servicios disputando entre ellos quien seria el mas digno por sus méritos, para alojarme en su casa; combate generoso que hace recordar los siglos de Abraham y de Homero.»

«Llevaba yo una carta de recomendacion para M. Escrava, primer vecino del pequeño pueblo, y por esta razon fuí á apearme á su casa, en la que me dió la mas cordial acogida. Durante la cena me propuso este señor hacer una escursión á la isla Oneida, y quedamos citados para las cuatro de la mañana siguiente.»

«La isla Oneida que está situada en el lago del mismo nombre, que comunica por el Este con el Ontario por el Onondaga, y por el Oeste con Wood-Creek, es una de las mas frondosas de la América. Multitud de flores de todas clases tapizan el suelo, y recrean la vista del paseante colocado á la sombra

(1) Cabañas de los indios.

que proyectan árboles seculares que estienden sus pobladas ramas, para librarle de los ardientes rayos del sol. Allí se puede admirar la naturaleza en su estado primitivo; allí no se recrea la vista en calles de bien alineados arbustos, no se vé el orden simétrico de un jardín, ni sus artificiales cenados, ni sus fuentes de alabastro, ni sus dorados peces en estanques de mármol; pero se contemplan en cambio bosques impenetrables, tortuosos senderos, vergeles naturales, arroyos susurrantes, penas que brotan agua, y alegres pajarillos que cantan á la sombra de los árboles en que están sus nidos. Allí no se pasea uno entre elegantes damas, pero permanece en una agradable soledad; no se vé la mano del jardinero que forma caprichosas combinaciones para embellecer un jardín, pero se vé la mano del Supremo Ser, se admiran sus obras, y se le concibe mejor por decirlo así. ¿Quién osará negar su existencia en medio de un bosque, al ver el cielo tachonado de estrellas y mirar por doquier, creaciones de que no conseguirá jamás el hombre ser autor? Nosotros estamos convencidos que en la soledad es donde mejor se comprende su poder, donde se le debe adorar, y quisiéramos demostrarlo así á la faz del universo; pero desgraciadamente nuestro escrito no se dedica á este objeto, y nos vemos en la dura precision de concluirle.

«Dos horas llevábamos en la isla Oneida cuando la abandonamos para asistir á la admision de un nuevo habitante, á cuya ceremonia no quise dejar de asistir. Empezó esta por un breve discurso de un sacerdote que se encontraba entre los habitantes del lago, y en nombre de los cuales daba por ad-

mitido al nuevo vecino, é inmediatamente todos los asistentes corrian á un terreno marcado y nivelado de antemano, en el que levantaban un log-house para su nuevo compatriota.»

«La hospitalidad y buen trato que me prodigaban á porfia los vecinos de este pequeño pueblo, me detuvieron 18 días á su lado, al cabo de los cuales volví á Filadelfia con tanto sentimiento mio, como de aquella buena gente que me queria retener á su lado.»

Así concluyen los apuntes que me leyó nuestro patron y con los cuales me tuve que contentar hasta tanto que efectue mi proyectado viaje, del que daré cuenta á mis lectores.

A. DE R.

Enero de 1850.

GEROGLIFICO.

